

PRÓLOGO

MEMORIA Y VIDA

La existencia es memoria y el recuerdo es vida. Inserta en inimaginables varillas helicoidales y en estructuras nucleicas reside la memoria existencial que, desde la umbrosa caverna opera, latente y dormida, gobernando la compleja relojería de nuestro cuerpo. Por otra parte, en las ramificaciones neuronales anidan los recuerdos de nuestra singladura. Son huellas que configuran y condicionan pensamientos y sentimientos, voliciones y decisiones, amores y desamores. Algo muere en nosotros cuando un recuerdo se disuelve o se nos escapa por los desagües del alma. Dejamos definitivamente de vivir cuando esa memoria genética se olvida de emitir órdenes al corazón.

¡Y siempre se olvida! ¡Algún día se olvidará! Porque este irrepetible regalo que es la existencia está presidido por una inexorable verdad: el tiempo, el final. Antonio Machado lo ha expresado como nadie:

“Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita”.

Esta infranqueable muralla constituye la gran desesperación de todo ser. En el hombre es la génesis de su “sentimiento trágico”. Incapaz de resignarnos a ocupar un minúsculo espacio “donde habite el olvido”, los humanos de toda época y cultura nos hemos imaginado eternos y hemos creído (o creado) en bellos paraísos donde se redimen las limitaciones de este valle de lágrimas.

Sólo la memoria permite la coordinación de *vivir y pervivir*. El código genético de quienes somos o de quienes fueron se transmite en maravillosa hibridación a través de nuestra descendencia. Existe una segunda proyección de la memoria. Frente al “cogito” cartesiano, verbo de una sola valencia vital (presupone la existencia del sujeto), “recordar” otorga vida también al objeto. Tan verdadero es el entimema “Recuerdo, luego existo” como su inverso: “Soy recordado, luego vivo”.

La fría y aciaga mañana del 26 de enero de 1998 el corazón de D. Emilio Alarcos Llorach se olvidaba de latir. ¡Precisamente su corazón! La noticia desencadenó una profunda conmoción. Desde todos los ámbitos de la cultura, acudiendo a la cotidiana verdad del tópico, se la consideró una pérdida irreparable. La sensación fue mucho más dolorosa entre quienes le conocimos. Tras el hiriente silencio y vacío inicial, se fueron sucediendo los testimonios de condolencia, los artículos, los homenajes. Y al igual que en el revelado de un daguerrotipo, fue cobrando vida la memoria.

Un año después, tras la convocatoria de la Universidad de Oviedo, la institución a la que durante cincuenta años había engrandecido con su trabajo e ingenio, acudieron al Paraninfo de la casa matriz de San Francisco amigos a llorar al fiel amigo, colegas a recordar al solícito colega, académicos a rememorar al académico cumplidor y ejemplar. Durante los días 18 y 19 de enero de 1999 todos estuvimos allí para honrar a quien supo ser maestro de todos en todos los ámbitos. Unidos en torno a la gravitación de su figura, nos sentíamos confortados por esa apacible constatación poetizada en la copla manriqueña:

“que aunque la vida murió
nos dejó harto consuelo
su memoria”

Todas las facetas de la poliédrica personalidad fueron glosadas desde el conocimiento y la objetividad combinadas con la admiración y el afecto. El profesor Martínez Cachero recordaba los difíciles años en S. Francisco, 2. Las aportaciones alarquiánas a la lingüística y a la filología fueron enumeradas y cuantificadas por la brillante lección de Manuel Alvar, por Ángel López, así como por el testimonio de uno de los mejores lingüistas del siglo, Eugenio Coseriu. Dulces palabras dedicaba Gregorio Salvador a quien también fue maestro de la dialectología. César Hernández, así como Marta Pérez Toral y Eliseo Díez Itza se centraron en aspectos de la metodología en la que fue maestro (el funcionalismo gramatical), mientras que García Turza estudiaba la importancia de sus estudios diacrónicos. López Morales enumeró la repercu-

sión de sus teorías en la formación de los filólogos americanos, así como sus agudas observaciones al estudio del español ultramarino. Sentidas referencias a la amistad y a otras dimensiones de su humanismo cristalizaron en las palabras de Caballero Bonald, de Pedro de Silva y de J. Luis García Martín. Quiasmos de la vida, Ángel González presentaba la oculta fontana poética de quien le había descubierto y dado a conocer hacía treinta años. Su dimensión como teórico y crítico literario fue estudiada con minuciosidad por Carmen Bobes y Darío Villanueva. A este volumen se suman cuatro trabajos de F. González Ollé, Domingo Ynduráin, J. Luis Moralejo y J. Martínez que recogen las aportaciones del maestro en tres ámbitos de la investigación lingüística: la fonología latina, la lingüística histórica y el funcionalismo. F. Quirós traduce a la pluma las impresiones de su llegada a la Facultad de Oviedo en 1970. Eloy Benito Ruano rememora al amigo de tantos años. Millán Urdiales, desde su doble y espaciosa herida, recuerda tantos puntos de convergencia profesionales y vitales donde él y la llorada Patricia Show coincidían con Alarcos. Jesús Neira, el hombre bueno, el colaborador constante y silencioso, el amigo fiel, no faltó a la cita. La sesión de clausura se desarrolló entre la perfección en la ponencia de Víctor García de la Concha y la emoción que reverberaba en las palabras de Josefina Martínez y el poema de Miguel Alarcos. Si alguna gaita desafinó, fue para hacer aún más grande su memoria.

Tras la inevitable transubstanciación del sonido en letra, en este volumen editado gracias a los auspicios de la Universidad de Oviedo y a la solicitud de Editorial Gredos, todos volvemos a reunirnos en torno al recuerdo de D. Emilio. Todos, menos Francisco García González (tú, Paco, amigo del alma, que junto con Marta y Eliseo organizaste el encuentro, que deberías haber escrito este prólogo y que, tras ser embestido por los derrotes de la muerte, eres candente y vívida memoria entre los que te conocimos y quisimos).

Observo con detenimiento la fotografía de D. Emilio que preside este Homenaje. Surgen a borbotones imágenes y secuencias, palabras y gestos, timbres y tonos, movimientos y posturas, anécdotas y vivencias... que no son el resultado de una animación virtual, sino de una pervivencia en los vivos registros del recuerdo. Y, al contemplar en este volumen tanta memoria hecha palabra, por momentos se difumina la nostalgia y me consuelo con el verso de Machado:

“No todas vais al mar, aguas del Duero”

SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ
Universidad de León